

AÑO I

Nº 1

EL AGUILA

San José, C. R. Abril 23 de 1915



ITALIA

Lasciate ogni speranza



ENGLAND
Per me se va
nella città dolente...
per me se va nella
perduta gente



EL AGUILA

Semanario ilustrado

Directores Artísticos

Alberto Salazar Calvo

Jorge Flores Vargas

Editor

Miguel A. Salazar S.

No se abren suscripciones

Número suelto 10 céntimos

PROGRAMA

¿Para qué programa? El presente número da la idea del rumbo que hemos de seguir.

No tenemos compromisos políticos con nadie, en cuanto a lo interno; y en cambio, simpatizamos decididamente con la Triple Alianza, entidad reconocida en el mundo como la única palanca que durante muchos años ha podido sostener el equilibrio europeo. Si hoy no existe íntegra la Triple Alianza por la abstención de Italia, quedan en pie, con valiente gesto Alemania, Austria y Turquía, soportando las consecuencias del conflicto promovido por Inglaterra.

Los simpatizadores de la causa alemana han de saber que este periódico estará con ellos.

Ah! Los ingleses!

Ofrecemos un premio de un pedacito de la lotería para el próximo sorteo a quien nos diga quién es el autor de este trabajo. Señal: el escritor es un gran literato latino. Cítese en forma y si hubiese más de un concursante, se echará el premio a la suerte.

Los ingleses lo hacen todo con suma formalidad, y, acaso sea el único pueblo del mundo que ha conseguido reírse seriamente.

Nos llena de admiración y hasta de envidia, el respeto que el inglés profesa a la ley.

En el teatro de no sé qué condado, ocurrió que el taconeó de las botas sobre

el entarimado de la sala; producía un ruido desagradable, y este ruido, causado por los concurrentes que entraban después de alzado el telón interrumpía la atención de los espectadores, defraudándolos de una parte del espectáculo. El público se quejó del abuso, y la autoridad, como si dijéramos el alcalde constitucional de cualquiera de nuestras villas, o lo que es menos aún, el gobernador civil de cualquiera de nuestras provincias, se consideró en la obligación, vista la queja, de mantener al público en la legítima integridad de sus derechos, e hizo saber por medio de un aviso formalmente puesto en la puerta del teatro, que se prohibía entrar haciendo ruido con las botas, después de comenzado el espectáculo, imponiendo a los contraventores la multa proporcionada a la gravedad de la falta.

No obstante, un Baronet, demasiado formal para no tomar seriamente lo dispuesto por la autoridad, se presentó una noche en el teatro, después de comenzado el espectáculo, haciendo el entarimado de la sala con golpes acompasados, algo distantes entre sí, como si anduviera con una pierna sola.

La autoridad hizo comparecer ante su presencia, dentro de los términos legales, al agresor, que con el mayor respeto acudió a la cita.

El alcalde, digámoslo así, le habló, poco más o menos, en estos términos:

—Caballero, está prohibido entrar en el teatro haciendo ruido con las botas, después de empezado el espectáculo, y habéis incurrido en la multa señalada para este caso.

Traducida libremente la respuesta del Baronet a la interpelación de la autoridad, fué ésta:

—Señor, amo a Inglaterra con todo mi corazón. Soy inglés, y si no lo fuera, querría serlo; pertenezco a los tres reinos unidos, en cuerpo y alma. Si no existiera Inglaterra, ¿qué sería del mundo! Londres es la primera capital de Europa, y el Támesis es el primer río de la tierra, somos blancos como la plata y rubios como el oro. Mientras hay todavía pueblos que viven esclavos bajo el yugo de una religión, nosotros, protestantes, tenemos ciento setenta sectas, incluso la de los mormones, que cuentan con cuatro capillas en Londres, cuando los odiosos

yankees no se atreven a consentirlos en las grandes poblaciones de la orgullosa república. Soy inglés, señor, y he comprado alguna vez a peso de libras esterlinas los votos de mis conciudadanos, para llenar un hueco en la Cámara de los Comunes. Inglaterra es un águila que se cierne sobre los mares; tenemos una supremacía incontestable sobre todas las naciones de Europa; el gobierno parlamentario, que no cabe ni en Francia, ni en Italia, ni en España, ni en Austria, ni en Prusia, ni siquiera en Bélgica, cabe holgadamente en Inglaterra, porque Inglaterra es grande. Las naciones, que nos imitan, se pierden, como se perdería el buho que quisiera elevarse a las regiones donde vuelan las águilas.

Ser inglés es algo más que ser hombre.

Soy inglés, señor, y amo a Inglaterra; mi respeto a la ley es más profundo que el mar, y he aquí por qué no puedo pagar la multa que me exigis.

Abrió la autoridad una boca enorme, arqueó sus escasas cejas como diciendo: explicaos y el Baronet se explicó de este modo:

—Está prohibido entrar en el teatro haciendo ruido con las botas, después de empezado el espectáculo, esta es la ley; pues bien, yo entré haciendo sonar una sola bota, porque la otra la llevaba en la mano; me hacía daño, y me la quité al entrar; este es el hecho.

La formalidad con que el Baronet pronunció estas palabras no era menor que la formalidad con que las oyó el magistrado. Eran dos hombres graves, dos hombres serios, que se hallaban frente a frente de una cuestión inmensa: la fiel inteligencia de un punto de ley; mas, como para el espíritu preciso y positivo del inglés, la ley no dice nunca más que lo que dice, el juez, esclavo, no de la ley, sino de la letra, bajó la cabeza, reconociendo que el Baronet no había infringido su mandato.

Al día siguiente la disposición adoptada para mantener al público en la legítima integridad de su derecho, apareció corregida en estos términos:

«Se prohíbe entrar en el teatro, haciendo ruido con una o más botas, después de comenzado el espectáculo».

Como Pedro por su casa

Con toda la atención debida a los órganos de la Prensa Nacional, nos permitimos pasar adelante, en la arena periodística, como Pedro por su casa, pero no sin rendirles antes nuestro respetuoso saludo.

Escándalo sicalíptico

Damos las gracias a la persona que anoche, antes de entrar en tiro *El Aguila*, nos envió la lista de caballeros vecinos de San José que asistieron hace algunos días a una exhibición cinematográfica de películas groseramente pornográficas, exhibición hecha, según nuestro informante por un señor Delcore en la casa que da frente a la Escuela Juan R. Mora y a la Catedral y mediante el pago de dos colones *per cápita*.

En la lista figuran un alto funcionario público, viudos verdes y hombres casados a la par de pollitos elegantes.

Conste que nuestra capacidad no se amolda a esas publicaciones. Nos guardamos la lista para nuestro capote.

Nuestras caricaturas

En la plana primera, saliendo de una *caja de sorpresas*, como las que se acostumbra obsequiar a los niños, aparece un animal fantasmagórico que representa a Inglaterra, el *leopardo* de las profecías, o a la que debe llamarse en verdad de verdad *EL MONO DE TETUÁN*, porque Inglaterra se ha servido de manos de gatos, para sacar del fuego las castañas de su egoísmo comercial, con gran perjuicio del mundo entero.

El animal lleva en sí los nombres de sus infortunados aliados y como queriendo enamorar a la bella Italia, parodia la leyenda del sublime Dante que dice: «por mí se llega a la ciudad doliente, por mí se va a la perdida gente...» a lo que Italia le contesta: «oh demonios, perded vuestra esperanza!»

La ilustración de la cuarta plana ostenta a los distinguidos diputados don Luis Anderson y don Máximo Fernández, obra gráfica, debida al talento artístico de nuestro compañero don Alberto Salazar Calvo, cuyas dotes son indiscutibles en la materia. La impresión a tres colores, se debe al no menos hábil artista don Jorge Flores, quien nos promete su importante y asidua colaboración para lo venidero.

El episodio del Congreso, ocurrido entre los diputados Anderson y Fernán

dez, está por sí mismo explicado, de tal modo que nada necesitamos decir acerca de él.

POR LA PAZ

Allá en los tiempos remotos, en siglos antepasados que se batían los hombres cuerpo a cuerpo, brazo a brazo, hubo guerreros valientes más resueltos y arrojados que todos los que hoy se llaman o quieren llamarse guapos. No se sabía de hondas ni de flechas, ni de dardos, carabinas ni arcabuses, porque estaban ignorados; mas, vinieron nuevos tiempos y con ellos muchos años, y nuevas generaciones el universo poblaron, y a la par que iban creciendo crecieron los adelantos y con el uso de la honda a apedrear principiaron; siguieron después las flechas, y los ponzoñosos dardos y con tales elementos los hombres se acribillaron. Hubo después escopetas,—transcurridos muchos años,—con las nuevas invenciones y los nuevos adelantos; primero munición suelta, después de plomo forzado y ya con ellas los hombres a la guerra se lanzaron, consiguiendo hacer con ellas «mortíferos disparos que respetaran sus fueros a los que osaran hollarlos. Entonces por aquel tiempo que son los tiempos de que hablo, tan sólo se combatía por hechos justificados, no por pueril ambición, ni la disputa de un palmo de la tierra que natura a todos dió sin reparo, no pasaba lo que hoy pasa: porque dos se molestaron, se declaran guerra a muerte algunos países hermanos. Tenemos al siglo veinte,—transcurridos dos mil años,—con tanta y tanta invención y descubrimientos tantos, con tantísimo elemento y con recursos tan varios, que ya los hombres no atinan ni saben cómo aplicarlos: zepelines por los aires volando como los pájaros, armas de grueso calibre, cañones de tiro rápido, submarinos y torpedos, los grandes acorazados

y bombas que de la altura arrojan los aeroplanos.

Tenemos los explosivos con sus tóxicos malsanos y también minas flotantes destructoras de los barcos, porque el barquillo inocente que sólo anda traficando desaparece de un golpe con su más leve contacto.

—y para qué tanto invento? yo mismo me he preguntado. Y la respuesta he tenido:

—“para destruir los hermanos, a todos aquellos que por la existencia luchando tienen cariño a la vida con sus afectos innatos.”

¿Y quienes son esos seres que siembran así el espanto?

—Esos seres son los hombres que los hombres endiosaron, que elevaron muy arriba y ellos quedaron abajo, obligados a cumplir

hasta sus locos mandatos. Por ellos van hasta el infierno como unos simples siervos, incendian, talan, destruyen, los hogares y los campos.

Con ellos forman las huestes que comandan dignatarios y con ellos a la lid todos marchan ignorando cuál causa es la que defienden y el ideal que haya impulsado a aquel que ellos mismos tienen por su Rey y Soberano.

Y al enfrentarse a otros hombres que otro tirano les ha mandado a correr la misma suerte inconsciente de sus actos, entran en ruda pelea unos y otros avanzando y queda el suelo enseguida de cadáveres sembrado.

Y entre tanto que esto pasado se encuentran los taimados que al frente de sus legiones no se ven nunca peleando?

Pues unos en este instante largo están de aquel teatro diganlo los altos lores y el rey del reino británico sin acordarse siquiera del niño desamparado, del padre, ni de la madre, ni la esposa que llorando espera en vano al esposo para poder abrazarlo.

Y se aviva la pelea

—el combate encarnizado— sin oír la voz de angustia que al cielo sube clamando por la sangre derramada de nuestros propios hermanos.

Dolores N. Ulloa

*A... Pues miente U..... villanamente _ Yo no he
ido a postrarme a los pies de mis enemigos como
fueron U y los suyos._ Sostengo mis palabras en
cualquier terreno....!*



*MAX.- Pues.....
Yo creía.... pues...
..... pues.....*